

emperador con ademán extraviado hacia el Jesuita que dió un paso hacia atrás, aterrorizado.

— Franz Holtzchener! exclamó Francisco... *He visto la cabeza de muerto!*

III

LA CABEZA DE MUERTO

— ¿Dónde? preguntó el Jesuita.

— Allí!

Y el emperador indicaba la tapa del mueble de ébano.

— Allí no hay nada. Sin duda Su Majestad ha sido víctima de una alucinación.

— Una alucinación! Franz Holtzchener! La princesa de Praga y la condesa de Bregentez tenían la mente lúcida cuando fueron víctimas de la misma alucinación: y dos horas más tarde se habían vuelto locas!... ¿Sabes tú, Franz Holtzchener, cuáles fueron las últimas palabras del archiduque Pablo antes de claustrarse donde los franciscanos? : « Preciso es que os diga adiós, padre mío, porque vi la cabeza de muerto!... » La noche anterior al asesinato de Juan II de Estiria despertóse éste al oír un campanilleo de reloj y vió encaramada en el armario una horrible cabeza de muerto que le hacía muecas á la luz de la luna! En fin, la víspera del día en que murió envenenada mi pobre María Luisa, yo mismo fui despertado por un campa-

nilleo, como le sucedió á Juan II y ví sobre la chimenea de mi alcoba una cabeza de muerto que me sonreía enseñándome toda la dentadura!... alucinación!... Alucinación!... Creí que esa alucinación venía á anunciarme mi próximo fin; mas no era sino la mensajera de la muerte de mi hija!... Por eso, Franz Holtzchener, cuando hace algunos instantes no más ví... mira, aquí... sobre este mueble donde tengo puesta la mano... la cabeza de muerto...

— ¿Tocó algunas campanadas la cabeza de muerto? preguntó el Jesuita que mostraba tanta tranquilidad como agitación el emperador.

— ¿Que si no dió campanadas la cabeza de muerto? ¿Qué quieres decirme con eso, Franz Holtzchener?... Si te he de decir verdad, nada oí...

— Pues bien, repito á Vuestra Majestad que ha sido víctima de una alucinación. *La cabeza de muerto no se presenta nunca sin tocar.*

— ¿Por qué no? interrogó Francisco que no sabía á dónde quería llevarlo el Jesuita.

— Porque tal es su deber!

— ¿Su deber de muerto?

— No tal, su deber de reloj.

— Explicáte, Franz Holtzchener, porque te doy mi palabra que me vuelvo loco!...

Franz Holtzchener no se apresuró á responder; sacó de bajo del hábito eclesiástico un paquetito envuelto en un periódico viejo y atado sólidamente; colocólo sobre el escritorio del emperador y dijo:

— La cabeza de muerto es un reloj!...

Después púsose á desenvolver el objeto mientras explicaba con voz tranquila:

— Ni la princesa de Praga, ni la condesa de Brégentz, ni su Alteza Imperial el archiduque Pablo, ni Juan II

de Estiria, ni Vuestra Majestad el día anterior al en que murió la princesa María Luisa han sido víctimas de alucinación alguna. Hé aquí lo que vieron y oyeron.

Y presentó á Su Majestad un extraño despertador. Era un pequeño reloj con cuadrante de esmalte color de marfil viejo y forma de cabeza de muerto: *daba las horas el movimiento producido por el chocar de las dos mandíbulas.* Aquel macabro cuadrante se hallaba rodeado por una estrecha margen en que se leía esta inscripción grabada en caracteres góticos y rojos: « *A las dos y cuarto y del tiempo al son, que Jesús se encuentre en tu corazón.* En el reverso, sobre el disco de cobre se veía *la cifra 6* grabada y pintada con bermellón.

Temblando tomó el emperador ese objeto entre sus manos.

— Esto es, dijo, esto es lo que ví hace un momento sobre ese mueble.

— Imposible, Majestad, porque ese reloj se hallaba en mi bolsillo... Mas no sería raro que hubieseis visto otro, en cuyo caso allí debe estar aún; este reloj no es único en su especie... El que yo poseo es el sexto, como bien lo indica la cifra que tiene grabada... el sexto que se le haya aparecido á los miembros de la familia imperial en las trágicas circunstancias de que hablaba hace un momento Vuestra Majestad. (1)

— ¿Y á quién le apareció? preguntó el emperador, intrigadísimo por el extraño reloj.

— Este tocó la hora postrera de Juan II de Estiria.

— ¿Y desde cuándo se halla en tu poder, Franz Holtzchener?

(1) Aun en nuestros días muestran en la Hofburg de Viena, encerrados en las vidrieras que guardan el tesoro imperial, una macabra colección de relojes en forma de cabeza de muerto.

— Desde la muerte del príncipe.

— ¿Y nada me habías dicho!

— En aquella época no tenía el honor de frecuentar á Vuestra Majestad.

— Mas, después has podido informarme...

— En varias ocasiones he interrogado á Vuestra Majestad respectó de asuntos que se relacionaban con este reloj y como Vuestra Majestad nunca me contestó, juzgué inútil presentárselo antes de haber descifrado el enigma...

El emperador no apartaba un momento la vista de aquel horroroso cuadrante.

— *Las dos y cuarto*, murmuraba, las dos y cuarto.

Y temblaba más aún al pronunciar esas palabras.

— Sí, Majestad... las dos y cuarto...

Francisco, con un fulgor de esperanza en la mirada, preguntó con voz insegura :

— ¿No es esa la hora en que murió Reinaldo?... ¿más ó menos... Franz Holtzchener?

— Sí, Majestad.

— Eso era lo que yo me imaginaba!... Cuando se tiene este objeto entre las manos no es difícil descifrar el enigma... Tú te demoraste mucho en hacerlo, Franz Holtzchener!... Ah! los amigos de Reinaldo no olvidan la hora de su muerte!... Riva tiene razón!... Riva tiene razón!... Todo esto es atroz!... Los miserables no persiguen únicamente un fin político... Asesinos! Asesinos!

— Majestad, ¿la princesa de Praga vió también el reloj cabeza de muerto?

— Sí ¿y qué?

— ¿Y también lo vió el principillo Palatino á quien encontraron muerto en su baño? Este, según entiendo yo, vió el número 3.

— Bueno ¿y qué?

— Pues que la princesa de Praga y el principillo Palatino murieron antes que Reinaldo...

— Tienes razón!... Franz Holtzchener!... Es preciso... es preciso... buscar... más lejos... más lejos...

Francisco soltó el reloj fatal que fué á rodar por sobre el escritorio... y dejóse caer de nuevo en el sillón, casi sin fuerzas.

Preguntó muy quedo :

— ¿Dónde te lo procuraste... y en qué forma?

— Me lo procuré en Gratz. El mismo día de la muerte de Juan II hablóse en torno al cadáver de la misteriosa aparición del reloj. Ya me había impresionado la constante repetición de tan extraños fenómenos en las catástrofes imperiales. Quise enterarme : ví, busqué y encontré. El camarero del príncipe mostróme el objeto como el último recuerdo que guardaba de su amo : « Vea, me dijo, mucho se ha hablado de la aparición de la cabeza de muerto, he aquí lo que da las horas y nada tiene de sobrenatural. Sin duda alguna, comprólo el príncipe la víspera de su muerte. Así es cómo se crean las leyendas. » Compré á aquel sujeto su ilustre despertador que constituyó el punto de partida de mis investigaciones *en torno de las dos y cuarto*.

— Y has alcanzado éxito, Franz Holtzchener?

— Sin duda, Majestad...

Levantóse á medias el emperador é inclinó su semblante de mármol hacia Holtzchener como si presentara la cabeza al nuevo golpe que ya presentía.

Agitáronse los labios de Francisco :

— Habla!

Entonces, fríamente, Franz Holtzchener descargó el golpe sobre el emperador :

— *Jacobo Ork!*

En aquel mismo instante desatóse con furia infernal la tempestad que amagaba desde hacía rato; desgarráronse los cielos y el rayo hizo temblar hasta los cimientos al vetusto palacio.

Agitóse Francisco de tan espantosa manera que bien hubiera podido creerse que el fuego del cielo lo había herido al mismo tiempo que aquella terrible voz que le llegaba de la tierra y que había pronunciado esas dos palabras : *Jacobo Ork!*

El Jesuita persignése ante el desencadenamiento de los elementos. El pánico del emperador dejábalo frío mas la cólera celeste lo inquietaba. Hubiérase dicho que la tempestad se dirigía únicamente hacia el Burg, resuelta á anonadarlo, pues había reunido sobre su dombo los cuatro rayos de los cuatro horizontes. Prolongados zigzags cegadores bajaban y subían por el espacio, cortantes como hojas de cuchillo y entrecruzándose como espadas.

— Majestad, hay espadas en el cielo, como las que se vieron en Roma la víspera de la muerte de César!...

Y Franz Holtzchener hizo de nuevo el signo de la cruz.

Levantóse el emperador con lentitud, extendiendo los brazos por sobre la cabeza en ademán de implorar piedad al cielo.

— Dios lo quiso!... gimió. Que se haga su voluntad!... Preciso era que Jacobo hallase vengadores!... Asesiné á sus hijos y han matado á los míos. Mas tened piedad de los que me quedan, Dios mío, ó llevadme á mí también!

— Vuestra Majestad se acusa injustamente, dijo el Jesuita.

— No, no. Yo soy el único culpable... *Fuí yo quien lo quise!... Sin mí, aun estarían todos vivos!*

— El abominable crimen no se habría ejecutado si Vuestra Majestad hubiese sabido.

— Yo dije : « Separad á ese hombre de su mujer y de sus hijos. » Era esa una palabra de muerte, Holtzchener.

— Vuestra Majestad nada sabía!...

— Esa palabra lo ocasionó todo! Sin ella no habrían podido atreverse á nada... Sin esa palabra aun vivirían ellos. Sí, sí!... Las dos y cuarto!... Tienes razón, Franz Holtzchener!... *Han dado las dos y cuarto en el aposento del Dolor!*... Bien lo sé!... Bien lo sé!... No creas que lo he olvidado!... Grabada quedó en el fondo de mi corazón la hora fatal!... Jacobo Ork! Jacobo Ork! á quien tanto quise!

— ¿De manera que teméis á sus vengadores, Majestad?... Se han aliado á los vengadores de Reinaldo... No existe sobre la tierra odio más terrible contra vos y vuestra casa, *mientras ésta exista*, dijo el Jesuita.

— Castigan con Dios, Franz Holtzchener!... Estoy perdido... Ay! bien sabía yo... allá en el fondo de mi corazón... que aquella terrible historia habría de resucitar por fin ante mí... Nunca más volvieron á decir una sola palabra en mi presencia... Pero yo no la había olvidado!... Porque preciso es que te diga, Franz Holtzchener, que antes de que se hubiesen entreabierto tus labios, ya oía de tu boca esas dos palabras que por prohibición mía no se pueden pronunciar en el imperio porque evocan demasiados espectros!... Jacobo Ork!... Bien sabía yo que ibas á pronunciar ese nombre... Porque el asesino no olvida el crimen que cometió... y desde hace quince años vivo como un criminal mordido por sus remordimientos!

Dicho esto, cayó Francisco sobre el sillón cual si se desplomara definitivamente.

Con piedad contemplaba el Jesuita á aquel emperador.

— Majestad, díjole... Solo Dios es amo del porvenir y los hombres sus esclavos... Vuestro corazón no previó un instante siquiera la fatalidad que iba á desencadenarse sobre vuestra casa. Es ese un caso de conciencia que depende directamente de vuestro confesor. No comprendo cómo el padre capuchino ño os ha devuelto la paz del corazón...

Y para decirle tales cosas habíase inclinado Holtzchener sobre Francisco y hablábale al oído como en un confesionario.

Francisco meneó la cabeza. Por último respondió sin levantar la cara :

— El padre capuchino es terrible. Jacobo estaba casado según todas las leyes de la Iglesia y fué un crimen lo que cometí al ordenar á esos hombres que lo separasen de su mujer y de sus hijos!

— Un archiduque que puede escalar algún día las gradas del trono tiene deberes distintos á los de los demás mortales, respondió la voz seca é incisiva de Franz Holtzchener y está en el orden de las cosas divinas y humanas que cuando se olvida de ellos, el emperador, su amo, debe recordárselos. Majestad, el reverendo padre Rossi, de la Orden, solicita desde hace largo tiempo el honor de ser el confesor de Vuestra Majestad...

Estremeciése el emperador, pues no era la primera vez que la Compañía de Jesús intentaba penetrar oficialmente hasta la conciencia del emperador y atraerse las buenas gracias de la corte.

Evadió la respuesta, tosió, suspiró y por último dijo :

— ¿Por qué te empeñaste en saber lo que ocurrió en el *cuarto del Dolor*, si eso « estaba prohibido?... » Ni juez, ni procurador, ni nadie en el mundo ha tenido el derecho, que tú te has arrogado, de saber... Mi prohi-

bición era terminante y ordenaba que no se hiciera caso de lo que hablasen, puesto que en todas partes hay charlatanes... Ese asunto debía ser, para los que me quieren bien, *como si nunca hubiese existido...* y dejé cerrada la puerta *del cuarto del Dolor* *creyendo dejar encerrado al dolor mismo!*

— Majestad, los charlatanes poco me interesan... pero en cambio las bocas mudas!... Las he hecho hablar, Majestad, y por la fuerza... Se trataba de vuestra salvación... y de la salvación del imperio.

— ¿Qué más hiciste? preguntó Francisco.

— Majestad, por la salvación de su alma y con el objeto de que ayunara un poco llevéme al fondo de uno de nuestros conventos á un fabricante de juguetes de Friburgo que cometió la suma imprudencia de venir á Viena.

— Ah! *te dirigiste á Paumgartner, el de Friburgo*, dijo Francisco. *¿Y lograste que hablara?*

— Majestad, tenía pescado á discreción... y el pescado desata la lengua...

— ¿Cómo diablos?...

— El bacalao da sed, Majestad... y si bien es cierto que en su celda tenía todo el bacalao que deseaba, en cambio no tenía ni una gota de agua y fué preciso que hablara para pedir...

— ¿Y le distes?

— Sin duda, Majestad, una vez que habló bastante bien. Mas por desgracia para él no me dijo gran cosa fuera de la historia de su sobrino, á quien entregó, de acuerdo con el padre, á las combinaciones del duque de Bramberg. Quizás no sepa nada más respecto de lo que ocurrió *en el cuarto del Dolor* ¿quizás tuvo el prudente heroísmo de aparentar que nada más sabía? quizás se había desalterado ya... No tenía más necesidad de agua

porque no quería volver á probar el bacalao... ni quería volver á probar cosa alguna. Como era de preverse, sucedió que aquel régimen le produjo retorcijones de estómago. Los retorcijones de estómago ejercen desagradable influencia sobre los órganos respiratorios, de tal modo que aquel hombre que parecía sin embargo tener una constitución excelente, costábale tanta dificultad respirar que fué preciso aplicarle muy pronto puntas encendidas.

— ¿Y luego? preguntó Francisco sin atreverse á mirar al Jesuita...

— No ha y luego, Majestad!... Entre el bacalao y las puntas encendidas mataron al Señor Paumgartner de Friburgo!...

— Desdichado!...

— Bandido!... Ah! Majestad!... ¿Sabéis que hoy poco importa saber que existe un Paumgartner más ó menos en el mundo?... Lo que es preciso que sepamos es si Jacobo Ork está muerto ó vivo!... Majestad!... Si estuviese vivo!...

— Calla!... Calla!...

— Si estuviese vivo!...

— Si por ventura sabes dónde se encuentra, Franz Holtzchener, avísamelo, para ir á postrármele de rodillas!

— Majestad, me permitiré deciros que sería infinitamente mejor para todos que Vuestra Majestad interrogase una vez, una sola, pero seriamente á monseñor el duque de Bramberg y al rey Leopoldo Fernando... porque lo peor de todo este asunto es permanecer á oscuras de lo que ocurrió en *el cuarto del Dolor*.

El emperador respondió sin mirar á Franz Holtzchener:

— Una noche, una noche en que me despertó la pe-

sadilla... levánteme y fuíme á interrogarlos... Mas nada sabían!... Lanzaron contra Jacobo y contra el honor de Jacobo á Victor Paumgartner... y después... como no volvió Victor Paumgartner á decirles lo que había sucedido... jamás supieron nada... Ah! prosiguió Francisco ¿quién me dirá algún día dónde se halla Jacob Ork?...

— Yo no sé dónde se halla!... mas lo buscaremos, contestó con entusiasmo Franz Holtzchener, y lo hemos de encontrar!... y lo alcanzaremos!... Pero lo verdaderamente terrible, Majestad,... *es que, vivo ó muerto, se halla seguramente en vuestro palacio cuando alguien deja de existir!...* Llamadlo en voz alta, quizás os oiga!...

Levantóse Francisco y miró fijamente al Jesuita:

— ¿Crees, acaso, que aún vendrá la muerte á visitar mi casa?

No contestó Holtzchener...

— Responde!... Pero respóndeme!...

Holtzchener pareció titubear.

— Majestad, hay cosas que no puedo decir *porque no me pertenecen!*

— ¿Á quién pertenecen?

— Á la Orden!...

— ¿Y qué?

— Pues bien, si Vuestra Majestad me asegura que se halla pronto á recibir esta misma noche, pues el tiempo urge, á nuestro reverendo padre, eso me tranquilizaría respecto de las consecuencias de cuanto dijera á Vuestra Majestad!...

— Pues bien, recibiré al padre provincial esta noche, pero que nadie le vea y que no se presente en palacio antes de las dos de la mañana... Ahora habla!

— Majestad, para evitar que le reconozcan es probable que el padre Rossi se vea obligado á disfrazarse y

como no podrá dar su nombre ¿cómo debe componérselas para ver á Vuestra Majestad?

— En cualquier parte donde me halle no tiene más que contestar á quienes le interroguen, esta palabra : *servicio*.

En la torcida mirada de Franz Holtzchener brilló por un momento una alegría íntima, triunfal que muy pronto se apagó. Luego dijo :

— Sin duda habéis leído el informe del Señor de Riva en que dice : « *Un acontecimiento tal, que el de la muerte de la princesa María Luisa es nada en comparación!* »

Brincó el emperador :

— ¿Cómo sabes eso?

— Fui yo quien redactó ese informe porque yo fui quien oyó esas palabras!

— ¿Pertenece acaso á la policía oficial?

— Sin duda; pertenezco á todas las policías sin que lo sepan... para mayor seguridad de Su Majestad!...

— Entonces... ¿fuiste tú quien acompañó á la *sombra* hasta las murallas del palacio?...

— Yo mismo!...

— ¿Y tú quien la vió desaparecer en la Hofgartengasse?

— No, Majestad... en la Augustinerstrasse.

— Pero el informe dice...

— El informe dice lo que yo quise que dijera... Es inútil que se sepa que al Burg se puede entrar por puertas distintas á las ya conocidas.

— ¿La *sombra* entró en el palacio?

— Sí, Majestad.

— ¿Por la puerta secreta?

— Sí, Majestad.

— Ah! ¿Y pudiste reconocerla? No adivinaste?... No tuviste una idea?... ¿una sospecha?...

— No ví sino un manto negro...

— Mas, en fin, ¿qué hiciste?...

— Penetré en el palacio tras de la *sombra*...

— ¿Y allí no te precipitaste?

— Sin duda, Majestad... estaba armado... corrí tras de las huellas de la *sombra*...

— ¿Y qué sucedió?...

— Que tropecé á la vieja aya de las princesas de Carintia...

— ¿Á Orsova?...

— Sí, Majestad... en aquel momento huía aterrificada... porque había visto aparecer en el corredor que conduce á los aposentos de Vuestra Majestad... á la *Dama blanca*!...

— Aun la *Dama blanca* (1)!... Si yo hubiera estado en tu lugar, en lugar de Franz Holtzchener que no teme á los fastasmas, habría corrido tras de ese fantasma!... dijo Francisco meneando desesperadamente la cabeza.

— Lo propio hice yo, Majestad... la *Dama blanca* paséase muy amenudo de noche por los corredores del palacio... desde hace mucho tiempo... Vióla la princesa Tania... Su Majestad la emperatriz también la vió hace tres noches al salir del oratorio... Y Su Alteza Carlos de Bramberg, ayer no más, corrió tras ella con la espada desenvainada... sin lograr alcanzarla... Majestad, yo hice lo mismo que Su Alteza de Bramberg; corrí tras ella... con el revólver en la mano... pronto á disparar si distinguía el vestido blanco... el vestido blanco que tanto me habría gustado convencerme de que no ocultaba un manto negro... Mas Orsova, al me-

(1) Así como el castillo real de Berlín, el imperial de Viena tiene su leyenda; la *Dama blanca*, aquel espectro de mal auguro, aparece allí en la víspera de las grandes desgracias (*Viena*, por Victor Tiriot); (*Francisco José íntimo*, por Henri de Weindel).

térseme entre las piernas, me demoró... y no volví á encontrar la pista!...

El emperador hizo un ademán de desesperación. Caminó algunos instantes en silencio, detúvose de nuevo frente á la ventana, levantó la cortina, contempló con terror el aspecto que presentaba el viejo castillo, siniestro bajo el cielo de tinta, y mostró con el dedo á Franz Holtzchener un oscuro remolino que giraba sobre el patio.

— Los cuervos! dijo... (1) Ninguna señal le falta á la fatalidad!...

Volvióse, mas inmediatamente después lanzó un grito de terror y sus ojos recobraron la expresión de pánico que tuvieron momentos antes, cuando divisaron la cabeza de muerto.

— ¿Ahora sí la ves?

Con efecto, el reloj cabeza de muerto había vuelto á colocarse sobre el pequeño escritorio de ébano. Franz Holtzchener lanzó otro grito de terror, en respuesta al del emperador y ambos precipitáronse sobre el mueble.

Mas detuviéronse de pronto, jadeantes, pues la boca de la cabeza de muerto acababa de entreabrirse y *daba con sus dientes doce campanadas!*

En aquel momento eran exactamente las dos y cuarto.

Franz Holtzchener, que se había puesto lívido, exclamó con lentitud:

— *Doce campanadas por las doce heridas de Margarita Müller!*

Y cuando enmudeció el reloj y cerró su fúnebre boca, tomólo el emperador y dijo:

(1) También se considera el vuelo de los cuervos sobre la Hofburg como augurio de cercana tragedia (Weindel).

— Ya lo veis... ya veis que no fui víctima de una ilusión.

Franz Holtzchener examinaba por todos lados el macabro objeto comparándole con el reloj que se hallaba aún sobre el escritorio del emperador.

— Es idéntico al que yo traje, dijo, con la única diferencia que está marcado con el número 8!

Y agregó:

— Si se encontrase la cabeza de muerto que se le apareció á Su Majestad en vísperas de la muerte de la princesa María Luisa, veríamos inscrito el nº 7!...

Francisco estaba atónito.

— ¿Quién diablos pudo traer éste?... ¿Por dónde?... ¿Cómo?... ¿Por qué misterio logró venir hasta aquí?... ¿Y luego irse?... ¿Y desaparecer?... ¿Y volver?... No se puede entrar á este gabinete sin que yo lo advierta.

— Las sombras entran por todas partes, Majestad, aunque encuentren las puertas cerradas... si es que hay una puerta secreta que puedan abrir...

— La puerta secreta!...

Y con presteza corrió Francisco hacia la puerta que tan misteriosamente se abría en el muro, junto al mueble de ébano...

— ¿Con excepción de Vuestra Majestad, quién más tiene la llave de esa puerta? preguntó el Jesuíta que poco á poco recobraba su sangre fría.

— Solamente Ismaíl!...

— Si Vuestra Majestad se dignase llamarlo!...

Francisco llamó á Ismaíl, mas como nadie acudiese, Holtzchener indicó la puerta y dijo:

— Vamos!...

Comprendió el emperador y juntos penetraron en unas pequeñas piezas que muy pocas personas de la corte conocían; eran bajas y estrechas y parecían más

bien taladradas en las murallas del palacio. Cada una de las piezas estaba alumbrada por un candil. Atravesaron las tres salas oblongas y llegaron á una escalera donde los paralizó el eco de un gemido.

Inclináronse y vieron un cuerpo tendido sobre las primeras gradas de la escalera.

— Ismaíl!

Con efecto allí yacía Ismaíl, agonizante, con una cuerda en derredor del cuello, atados brazos y manos y una mordaza en la boca.

Franz Holtzchener tomó el cuerpo entre sus brazos y atraíalo hacia él, sacándolo del hueco de la escalera, cuando el emperador volvió la cabeza á un ruido de pasos precipitados que se oían en las piezas por donde acababan de pasar.

Eran Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg que acudían tras de haber encontrado abierta la puerta secreta del gabinete del emperador, temerosos de que hubiera ocurrido alguna desgracia. Jamás habían penetrado en aquellas piezas retiradas, cuya existencia, sin embargo, no ignoraban. Hallábase tan emocionado el emperador que no pensó en censurarles ese paso. Mostróles el cuerpo de Ismaíl y dió orden de que lo condujesen inmediatamente á su gabinete, hacia donde se dirigió.

Leopoldo Fernando y Carlos ayudaron al Jesuita en la tarea de desligar á Ismaíl, libertarlo de la cuerda cuyo nudo ciego lo había estrangulado á medias y arrancáronle la mordaza de la boca. El infeliz parecía haber perdido la respiración; la cabeza colgábase inerte sobre el pecho y sus ojos permanecían cerrados. Estaba desmayado.

— Cerrad todas las puertas! ordenó el emperador.

Hiciéronle aspirar sales al viejo y fiel servidor de Su

Majestad. Pronto volvió en sí el sujeto que parecía haber sido brutalizado mas sin mostrar ninguna huella de herida.

Tan pronto como abrió los ojos y vió al emperador, recobró inmediatamente fuerza bastante para posttrarse á sus pies.

Quiso alzarlo Francisco, mas el sujeto, aterrorizado, atónito, casi delirante, arrastróse por el suelo pronunciando palabras ininteligibles.

Por último logró hacerse oír:

— Majestad!... marchaos!... huid!... abandonad estos lugares!... este palacio maldito!...

Leopoldo Fernando alzólo por la fuerza, intimándole brutalmente que diera explicaciones.

El otro sollozó:

— *La Dama blanca!*...

— ¿Cómo?... ¿La Dama blanca?... interrogó la voz gutural del Príncipe Rojo... ¿La Dama blanca te redujo á ese estado?...

Ismaíl indicó con una señal que era ella efectivamente y sin lugar á duda.

— ... ¿La Dama blanca te ató con ligaduras, te echó al cuello la cuerda con nudo gordiano y te puso una mordaza en la boca?... Preciso es que esa señora tenga el puño sólido, Ismaíl!...

Mas el emperador impuso silencio á los príncipes. Cambió una rápida mirada con el Jesuita y dijo:

— Dejad que hable Ismaíl... El me tiene cariño y nada puede haber hecho sino en servicio mío. Durante quince años me ha servido con fidelidad. ¿Qué hacías en los apartamentos secretos, Ismaíl? ¿Dónde te hallabas?

— Detrás de la puerta secreta, Majestad!...

— ¿Y qué hacías detrás de la puerta secreta?

— Escuchaba, Majestad!

Los dos príncipes no pudieron contener un ademán ante tanto cinismo, mas calmólos el emperador.

— ¿Por qué escuchabas tras de la puerta, Ismaíl?

Ismaíl mostró al Jesuita.

— No tengo confianza en ninguna de las personas que se le acercan á Su Majestad!

Y sacando de entre los vestidos un puñal, mostrólo con mano aun temblorosa:

— Donde quiera que se encuentra Su Majestad, de día ó de noche, Ismaíl escucha tras de las puertas con la mano sobre la empuñadura del puñal, pronto á morir por Su Majestad.

— ¿Y viste á la Dama blanca?

— Al volverme la vi tras de mí, de pie como un enorme fantasma, é inmediatamente después, sin que hubiera podido hacer un ademán, sentíme postrado, agonizando y ahogándome. Arrastróme como un bulto al través de la pieza...

Franz Holtzchener contemplaba muy atentamente á Ismaíl, cuyo semblante reflejaba creciente terror á medida que evocaba su extraordinaria aventura. Ismaíl era valeroso y fiel. Por lo tanto, aquel pánico no era natural.

— ¿Pudo ver Ismaíl la figura de la Dama blanca? preguntó de pronto el Jesuita.

Al oír esta pregunta, cayó de nuevo de rodillas, juntó las manos, arrastróse otra vez hasta los pies del emperador.

Mas este dijole:

— Responde!... Responde, Ismaíl!... ¿Viste la figura de la Dama blanca?...

— Huid!... Majestad!... huid!... repetía el infeliz servidor en un verdadero acceso de delirio.

— ¿No quieres responder? insistió Francisco con dureza.

Mas el criado, extendiendo los brazos, miraba á los príncipes, miraba al Jesuita, meneaba la cabeza, dando á entender que no hablaría ante tanta gente.

— Habla!... Te lo ordeno!...

— ¿Delante de ellos?

— Delante de ellos!

Ismaíl, temblando como una hoja seca, levantóse:

— Pues bien, sí, Majestad... le vi la cara...

— Y... y... ¿la conoces?...

Ismaíl respondió en voz tan baja que se le escuchaba apenas:

— La reconocí por haber visto su retrato en la gran galería!

Nueva mirada de Franz Holtzchener al emperador.

Francisco ordenóle con lentitud:

— Cualquiera que ella sea, Ismaíl, preciso es que la nombres!...

Entonces Ismaíl dejó caer estas palabras que hicieron retroceder á los que las oyeron:

— *Majestad, Jacobo Ork está vivo!...*

IV

« EL CABALLERO SIN NOMBRE »

Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg habíanse puesto lívidos. Instintivamente lleváronse la mano á la empuñadura del sable, como si se hubiesen visto en el caso de defenderse inmediatamente de algún enemigo que saltase á atacarlos.

Díjoles el emperador con voz desfallecida :

— Vigilaunos y vigilaos!... Haced que tripliquen la custodia del palacio... poned soldados en todas partes... haced ocupar militarmente los corredores! Y que vigilen, con el arma al brazo, frente á las puertas de todos los cuartos del Burg!... Escuchad con atención lo que este hombre os dice: Jacobo Ork está vivo! Se halla por todas partes en derredor nuestro!... Está aquí!... Inmóvil y pronto á herir!... Id, señores!... y vigilad!...

El rey de Carintia y el Príncipe Rojo salieron del gabinete del emperador sin decir ni una palabra, como autómatas!...

Francisco mirólos alejarse y una vez que se cerró la puerta, dijo á Ismail :

— Puedes hablar en presencia de Franz Holtzchener... ¿Qué te dijo la Dama blanca?...

— Nada... Mostróme su cara y desapareció!... Y yo me desmayé!...

— ¿Y reconociste y viste á Jacobo Ork?

— Tal como os estoy viendo, Majestad!

— Y si nada te dijo la Dama blanca, ¿por qué tiemblas?

— Porque la Dama blanca tenía la cara de Jacobo Ork!

— ¿Y por qué te hace temblar Jacobo Ork?

Guardó silencio Ismail.

— Sin duda porque escuchas tras de las puertas, dijo el emperador...

— No tal, Majestad... sino porque... porque...

— ¿Por qué?...

— *Porque Su Majestad sueña algunas veces de noche!*

El emperador recibió el golpe en pleno corazón... Reinó un silencio trágico en el recinto donde se hallaban los tres hombres...

Francisco dobló la cabeza y dijo por último :

— Ismail ¿tiemblas por mí?

— No, Majestad!... *Todavía no!*...

— ¿Por quién tiemblas?

El criado señaló los dos relojos en forma de cabeza de muerto que se hallaban sobre el escritorio .

— Por el número 8?

Franz Holtzchener dijo con voz apagada :

— Ismail tiene razón!...

Y citó la frase de su informe :

« *Un acontecimiento tal que la muerte de la princesa María Luisa no es nada en comparación y que volverá al emperador débil como un niño.* »

Ismail se estremeció visiblemente.

— Oh! Majestad!... Dejádme partir!... Permitidme que vaya á velar por él!...

— Nadie sabe donde se halla *él* hoy!... respondió Francisco tembloroso, pues advirtió que su fiel servidor le había comprendido y que compartía el mismo terror secreto... Por orden mia... no duerme dos noches seguidas en un mismo lugar...

Dijo Ismaíl:

— Majestad, la baronesa Aquila partió hace algunas horas para Meyerling!...

Respondióle el emperador:

— Anda!... corre, Ismaíl!... y dile que parta... lejos, muy lejos!... con ella, si es que así lo quiere!... Todo cuanto desee!... cuanto desee!... lejos!... muy lejos!... con ella... si es preciso! .. mas que parta...

Levantóse Ismaíl y disponíase ya á dejar cuidadosamente cerrada la puerta secreta, cuando el emperador le dijo:

— No te cuides de eso!...

Obedeció el criado y desapareció.

— Gran Dios!... gimió Francisco, entregándose completamente á su desesperación, sin cuidarse de la presencia del Jesuita... Que dejen abiertas de par en par las puertas de mi palacio... todas las puertas... y que venga!... que venga hacia mí!... que yo lo vea!... que pueda hablarle!... Ay! verlo de día!... oírlo de día!... ya que tan á menudo viene á hablarme por la noche!...

Minutos después de haber salido Ismaíl del gabinete del emperador, un hombre del tamaño y modales de aquel fiel servidor, mas sin tener la misma fisonomía, pues Ismaíl tenía el semblante completamente afeitado y el otro sujeto lucía opulenta barba, salía de la Hofburg

por un estrecho subterráneo que conduce á la Augustinerstrasse y se halla cerrado por un verja. En aquella hora — eran más ó menos las cuatro de la tarde. — generalmente había mucho movimiento en la Augustinerstrasse, mas en el instante en que nuestro sujeto pasaba por allí, sólo se veían patrullas. Con efecto, debido á la insurrección, los alrededores del palacio estaban muy seriamente custodiados y le fué preciso al misterioso pasante dar varias veces el santo y seña para que le dejaran libre el camino.

En esa formalogró llegar hasta el Donau Kanal que atravesó cerca de la Rudolf-Kausern; hecho lo cual, hallóse en un barrio que parecía abandonado á las pasiones populares... No se veía allí ninguna tropa, ningún agente... Siguiendo luego por la Rembrandtstrasse, llegó hasta las cercanías del Augarten, codeándose con las figuras más extrañas y las agrupaciones más sospechosas. La tempestad que se había desatado sobre la capital no había sido bastante á hacer regresar á sus guaridas á esos extraños *specimens* de cierta clase de humanidad que raramente se ve á la luz del día. Entre el Augarten y el Prater habíanse dado cita todos los vicios y todas las ignominias y en medio de la magnífica avenida que une los dos jardines veíase una barricada... barricada que habían levantado por la mañana burgueses y estudiantes, los cuales huyeron ante tan inesperados auxiliares... A pesar de la opinión que al Señor Conde de Brixen le merecía el Señor de Riva, es lo cierto que este último sabía hacer bien las cosas. Por ejemplo, el Prater se hallaba entregado al saqueo; cincuenta bandideros, que parecían obedecer á una orden terminante, y á quienes nadie venía á interrumpir en su lúgubre ocupación, arrancaron las planchas de los almacenes que bordean ciertas avenidas, desarraigaron los árboles,

arrojaron todo aquello en medio de la calle, lo rociaron con petróleo y le prendieron fuego. Dos ó tres vehículos que se habían quedado rezagados, coches de punto de donde hicieron apear brutalmente á los viajeros aterrorizados, fueron volcados y cayeron con estrépito que sobrecogió á los escasos honrados transeúntes que aun no habían tenido tiempo de llegar á sus domicilios. También incendiaron esos vehículos de donde se desprendió una humareda pesada, negra, siniestra, que ya corría á ras de tierra, ya se elevaba por sobre las más altas casas en turbiones amenazadores...

No parecía hecho aquel triste espectáculo para conmover á nuestro sujeto que le volvió rápidamente la espalda y se dirigió hacia otros barrios más tranquilos y más desiertos... aunque más pobres y que no debían la tranquilidad de que gozaban aquel día más que á los acontecimientos que transportaron súbitamente sus habitantes á los barrios más ricos... El sujeto llegó á un rincón muy retirado, sito á lo largo de las propias orillas del Danubio. Hallábase casi en la extremidad de la villa, en la Kaiser-Wasser-strasse, Calle del Agua del Emperador... que por aquel entonces no se componía más que de una media docena de construcciones nuevas, separadas entre sí por vastos terrenos y viejas barracas donde almacenaban las más disparatadas mercaderías. Algunos astilleros llenos de verdaderos montones de carbón conducían hasta la propia orilla del Danubio, donde se balanceaban sobre el chapalateo de las aguas y entre chirridos de cadenas, algunas embarcaciones cubiertas, dos ó tres vaporcillos y especialmente todo un ejército de canoas, alijadores y barquillas, repugnantemente sucias, que obstruían las cercanías de la rivera. No lejos de la orilla levantábanse, una frente á otra, dos de aquellas construcciones recientes de que hablamos atrás y que

resaltaban singularmente sobre el paisaje, como sucede generalmente con aquellas casas que especuladores audaces colocan de vanguardia en los alrededores que es preciso conquistar.

La más vasta de aquellas construcciones, cuyos importantes locales parecían ocupados por dos empresas muy diferentes, avanzaba sobre la calle dos bóvedas... En la parte superior de una de esas bóvedas se leía en caracteres alemanes, que significan en castellano esto : « Lanas y colchones ». Y en la verja del primer piso se extendía este letrero : « A la colchonerita ». No obstante lo antedicho, era obvio que la casa debía ocuparse de otra clase de negocios pues tras de las vidrieras distinguíanse toda clase de objetos disparatados : sillas, bultos, toneles, mobiliarios completos de diversos estilos... Sobre la otra bóveda se leía esta inscripción : *International Home!*

Detúvose un momento nuestro sujeto ante aquella construcción y dudó á cuál de las dos bóvedas debía dirigirse. Por último se decidió y penetró en la que anunciaba lanas y colchones. Siguió derecho hasta el patio, mas es de advertir que al entrar en la bóveda púsose unas enormes gafas negras que completaban el disfraz y sin duda parecióle insuficiente tal precaución, pues se ocultó el semblante con uno de los faldones de la capa. De tal guisa y con tal actitud atravesó el patio colmado de fardos sobre los cuales se leían los nombres más extraños y más extranjeros. Todo aquello venía de los cuatro puntos cardinales del imperio, de las provincias más apartadas, de las regiones montañosas más abruptas. Era visible que el Danubio había transportado á ese lugar la mayor parte de esa numerosa mercadería.

Veíanse en medio de los fardos unas cuantas figuras

pertenecientes á las más diversas nacionalidades... Bosnios en traje nacional, Valacos... mujeres del pueblo calzando botas de trapo, con las pantorrillas desnudas y cortos faldellines, tres « tipos » dalmacios con blusas de anchísimas mangas y chalecos bordados...

Después de atravesar el patio, subió rápidamente por una escalera que le condujo á un primer piso. Allí golpeó de cierta manera y se abrió la puerta. Abrióle un hombre en mangas de camisa y delantal verde que, sin asombrarse lo más mínimo por la llegada de tan singular personaje, dióle paso franco y cerró la puerta tras de él.

Entró el visitante á una vasta pieza donde otros sujetos, todos en mangas de camisa y con delantales verdes, como es de rigor cuando uno es honrado tapicero, trabajaban con clavos entre los dientes y armados de pinzas y martillos, en derredor de una docena de sillones.

— Vengo en busca de la correspondencia! dijo el visitante á un sujeto que tenía aspecto de ser el contra-maestre de aquellos trabajadores.

— *La estamos abriendo*, respondió el contra-maestre mostrando los sillones...

La pieza se hallaba herméticamente cerrada y á duras penas lograba penetrar la claridad del día.

Púsose á contemplar el trabajo el visitante y dijo :

— Daos prisa que estoy urgido!

Luego se sentó, echándose de nuevo la capa por sobre la cara en tal forma que de su semblante no se veía más que los dos negros redondeles de las gafas...

Trabajaron con suma habilidad los operarios y en pocos instantes *desvistieron* los sillones.

... De cada mueble iban sacando ya un paquete, ya una caja, ora un rollo de papel, ora una carta.

Todos los objetos traían unas mismas señas ó mejor dicho un mismo nombre :

Bautista...

Nuestro sujeto tomó todos los objetos y colocólos en un saco verde que había traído consigo; saludó sin quitarse el sombrero y salió de la pieza. Subió al segundo piso y penetró en la misma forma á un vasto laboratorio cuyos anchos vidrios no tenían ninguna indiscreción, pues se hallaban colocados en el techo y sólo podían temer la mirada de las estrellas.

Al entrar dijo :

— *Fiume*.

Uno de los tres mozos del laboratorio acercóse y trajo un cesto de botellas que colocó sobre una mesa donde se veían tantos vasos como letras tiene el alfabeto. Vació en algunos de aquellos vasos el contenido de las botellas, que casi ninguna estaba llena, y colocó los vasos sometiéndose á ciertas reglas que Ismaíl aparentaba conocer. Debían corresponder los niveles de los líquidos contenidos en los vasos á otras tantas letras, pues uno de los mozos del laboratorio leyó de corrido y dijo en voz alta :

— *Todavía no!*

— Diablos! gruño el sujeto.

Luego dijo :

— *Saravejo*.

Trajeron otro cesto conteniendo botellas y dióle nuevo principio á la operación. En esta vez, el mozo del laboratorio leyó :

— *Estamos listos!*

Y el sujeto murmuró :

— Ya lo sé... esos siempre están listos...

Un cuarto de hora más tarde hallábase de nuevo nuestro sujeto en el umbral de la bóveda. Acompañáballo un cardador de lana, con los brazos desnudos.

— ¿De manera que la patrona no está aquí? preguntó Ismail.

— Hace varios días que no la vemos, respondióle.

— Adiós, Bender!

— Adiós, caballero Sin Nombre!...

Caía el crepúsculo y el caballero sin nombre se perdió entre la oscuridad. Cuando constató que la calle se hallaba desierta, desandó el camino y penetró en la segunda bóveda sobre la cual se leía el letrero: *International Home*.

Entró á una vasta pieza triste y desmantelada donde algunas señoritas de todas edades esperaban muy compuestamente, sentadas en sillas de paja, á que se les llamase á un pequeño despacho donde ordinariamente se hallaba la Directora, ó en su ausencia, su secretario hembra, una solterona de aspecto desabrido que respondía al nombre de Milly.

Cuando esta última, que se hallaba de pie á la puerta del despacho directorial como custodiándolo, vió al sujeto de la capa y las gafas negras, hizole señal de que fuera hacia ella.

— ¿Miss está ahí? preguntó él.

— Os espera, contestóle Milly y franqueóle el paso.

Al entrar vió á Miss sentada á su escritorio. Era una mísera muchacha de pelo bermejo y gafas; una inglesa desprovista de todo atractivo; mas su voz no carecía ni de encanto ni de dulzura. Gozaba entre las institutrices y ayas que colocaba en casa de honradas familias vienesas de una verdadera reputación de bondad, interesándose mucho por su suerte, su conducta, siguiéndolas paso á paso en la vida para ayudarlas y reconfortarlas. Sólo un defecto se le conocía: era excesivamente curiosa y estimaban algunas que no la cono-

cían bien que en ocasiones traspasaba los límites de la indiscreción.

Cuando el sujeto penetró al despacho, Miss (que sólo por ese nombre se le conocía ó por su título de Directora) estaba hablando con una dama que permanecía muy modestamente ante ella, en actitud de agradecimiento y gratitud.

— Os destino á una noble tarea, señorita Lefébure... y os doy un puesto de confianza que requiere honradez perfecta, nobles sentimientos y absoluta consagración. Por necesitarse tales condiciones os he escogido inmediatamente para que sirváis de dama de compañía de verdadera compañera, quiero decir, y hasta de amiga á esa pobre muchacha. A vos se os encomendará la dirección de aquel modesto hogar; y durante la ausencia del hermano seréis el consuelo de la hermana que se halla privada del mayor de los beneficios que Dios acordó á sus desdichadas criaturas: la luz!

Miss, levantándose á medias después de haber pronunciado esas palabras, dió á entender á la señorita Lefébure que la audiencia había terminado. Dió las gracias á la Directora en términos entusiastas y después de inclinarse, salió del despacho.

Enseguida el sujeto que había conservado su aspecto misterioso y prudente, siempre envuelto en la capa y con el sombrero calado, dijo:

— ¿Tiene Ud. lo que le pedimos?

— ¿Lo que *él* desea es una francesa?

— Sí, una extranjera... una persona muy seria, aunque joven por tratarse del niño, que no conozca á Viena y sea susceptible de consagrarse enteramente al niño. Si se decidiese á no salir y á no hablar con nadie de fuera de la casa, se le pagaría lo que pidiese.

— He encontrado lo que Ud. necesita. La persona

consiente en todo ello por doscientos francos mensuales. Irá á la Annagasse esta misma noche. Es una francesita muy gentil con muy buenas referencias y todos sus diplomas. Habla un francés muy parisiense pues se educó en un convento de Montmartre.

— ¿Es charlatana? preguntó el sujeto.

— Como una urraca! respondió Miss.

Ismaíl hizo una profunda reverencia.

— Adiós, Miss, díjole, y gracias!

— Adiós, caballero Sin Nombre!

El sujeto salió de la segunda bóveda sin olvidar ninguna de las precauciones que tomara al salir de la primera.

Nubarrones sombríos se extendían de nuevo por sobre la ciudad, apresurando la caída de la noche. En la casa de enfrente iluminábanse ya con luces rosadas y azules los dos globos enormes de la vidriera de un farmacéutico.

El caballero Sin Nombre atravesó la calle y miró al través de los vidrios de la farmacia. Vió sentada en una silla á una joven que permanecía muy tranquila mientras que ante ella pirueteaba un cuerpo largo, desgarbado y dislocado que se enroscaba en forma de círculo, se tendía como un arco y saltaba como una pelota.

— Todavía el muchacho! exclamó el caballero Sin Nombre. Y en este lugar! Tanto peor para él!...

Dicho lo cual y haciéndose más impenetrable, si posible, á las miradas, apoyó atrevidamente el botón de la cerradura y penetró en la botica.

La joven levantóse, emocionada, al ver aquella aparición y el largo cuerpo desgarbado interrumpió sus extraordinarias piruetas.

— No temáis nada, señorita Berta! declaró con énfasis el cuerpo largo, el señor es un amigo del Sr. Málaga

que le está esperando. ¿No sois vos el caballero Sin Nombre?

El sujeto, de pie en el umbral de la botica, dió á entender por señales que era el mismo.

— Pues bien, caballero Sin Nombre, tengo misión de conducirós al laboratorio mientras llega mi ilustre y noble patrón, el Señor Málaga, que ha ido á dar una vueltecita por la ciudad.

Y Juanillo — pues era él mismo en carne y hueso, pero sobre todo en hueso — abrió una puerta que se hallaba en la extremidad de la botica.

— Estoy urgido, declaró el manto.

— El señor Málaga regresará antes de diez minutos.

— ¿Hace mucho tiempo que os halláis á su servicio? preguntó el manto.

— Desde antes de ayer, para serviros... caballero Sin Nombre!

Después de lo cual condujo Juanillo al visitante hasta el laboratorio, que se hallaba en el fondo de un patio pequeño y volvió á la botica donde le esperaba Berta y reanudando la plática interrumpida púsose de nuevo á ejecutar piruetas.

Con lo cual quiero decir que se púso de nuevo á correr por la botica, á lanzarse sobre las paredes como si fuera á escalarlas y á frotar los muebles con gestos rápidos de sus largos brazos y largas manos entreabiertas.

Juanillo cazaba moscas.

Y mientras esto hacía, explicaba á Berta estupefacta que en eso consistía de hoy en adelante su manera de ganarse la vida.

Debíale la vida á las moscas, mas Berta interrumpió su curiosa explicación:

— ¿Todavía no me habéis dicho qué hicisteis con las

chiquillas, ni cómo tuvisteis fortaleza suficiente para separaros de ellas?

— Mi hermana me las reclamó, contestó con bastante vaguedad Juanillo.

— ¿La hermana de Ud? ¿Pero, y no me dijo Ud. que había muerto en el parto?

— Y sin embargo es cierto lo que le digo... replicó Juanillo sin inmutarse. Sólo que no se trata de la misma hermana!

— Ah! ¿De cuál, entonces?

— Pues bien, de otra hermana... de la hermana de mi hermana!

Y cogió una mosca.

— Pero que de todas maneras también es hermana suya.

— Naturalmente.

Y esta vez se le escapó la mosca.

Pobre Juanillo! Desde que vió por última vez á Berta en la posada del Valle del Infierno, habíanle ocurrido muchas desgracias. Primero, haber hecho uno de los viajes más fatigantes bajo un tren botijo que lo desembarcó en Viena más muerto que vivo y tan aturdido, que al poner el pie en el andén de la estación, fallóle el equilibrio y descompúsole, con cuyo motivo se vió obligado á guardar cama durante tres semanas en la enfermería de una prisión donde lo encerraron por haber contravenido á las leyes de la policía de ferrocarriles.

Tan pronto como se curó, huyóse de noche de la prisión por el trujamán de un tubo de gas, con peligro de hacer saltar todo un barrio de Viena, cuyos habitantes estuvieron á punto de ser víctimas de la huida del gas y de la de Juanillo.

Durante el tiempo que pasó « en cautividad », no cesó

Juanillo un instante de pensar en Berta, y para probarse no titubeó el joven en suspender durante un momento la caza á las moscas; luego, con gesto brusco y hermoso, como el antiguo al descubrirse el pecho, entreabrióse la camisa y enseñó á flor de piel una inscripción en tinta china debajo de un corazón: « A Berta por toda la eternidad! »

Berta, ante aquel inesperado espectáculo, levantóse lanzando un grito de horror más bien que de sorpresa; mas como Juanillo se abotonara de nuevo la camisa, sentóse de nuevo, ruborosa y dijo:

— Dios mío, señor Juanillo, mucho habéis debido sufrir!

— Era en honor vuestro, declaró el joven con orgullo. Gracias á mi buena estrella encontré junto á mi cama, en aquella enfermería donde me fastidiaba enormemente, á un notable artista en su género. Pronto, como ya me había familiarizado bastante con la lengua alemana, pudimos cambiar impresiones y supo que Ud. ocupaba mi corazón y yo supe decirle en palabras vulgares pero enérgicas cosas tan bellas sobre la señorita Berta, que me dió á entender sería gran lástima que se perdiesen y me propuso grabarme en la piel lo que tenía en el corazón. Accedí y puso manos á la obra que duró seis días y seis noches. El séptimo descansó.

— ¿De manera que se emplea mucho tiempo en escribir sobre la piel « A Berta por toda la eternidad. »? preguntó la tímida joven.

— Ganas tiene Ud. de divertirse, exclamó Juanillo con aire triunfal, pues había cogido dos moscas á un tiempo mismo... Escribió muchas otras, sólo que por pura decencia no quise mostrárselas á Ud., pero le aseguro que cuando nos casemos, mi esposa no se fastidiará en el lecho pues tendrá un libro en que leer.

Berta, encendida, contestóle :

— ¿ Quiere Ud. callarse, Señor Juanillo ?

El joven dijo á guisa de excusa :

— A todo Señor, todo honor.

Juanillo no había esperado á verse en libertad para hacerle llegar á Berta los certificados que le eran indispensables y que salieron de su saco de mano para entrar al bolsillo del joven por arte no se sabe de cual de las magias. Por lo demás, era gracias á tan inexplicable acontecimiento, bendecido por Juanillo, que aun le hallaba algún encanto á la existencia. Remitió los certificados por conducto de un su amigo llamado Magno que no había sido aprehendido y moraba en el *Home* de la calle del Agua del Emperador, donde Magno que se hallaba á la cuarta pregunta en materia de recursos, tuvo la fortuna de tropezarse con un señor llamado Reginaldo y que habitaba en la propia casa del farmacéutico.

Reginaldo se pretendía veterinario y había colocado á Magno con misión de cuidar los caballos, que eran, según parece, magníficos.

Berta observó muy juiciosamente :

— Por lo general los veterinarios se dedican á cuidar los caballos de los demás y no poseen brutos magníficos.

— Sin duda, mas éste no debe ser un veterinario común y corriente porque, según cuentan, no hay nada tan hermoso como sus caballos. Particularmente posee uno que sobrepasa cuanto se pueda imaginar en materia de caballos : se llama Darío. Por desdicha Darío está un poco enfermo.

— ¿ Qué tiene el pobre animal ? preguntó Berta enseñada, impulsada por aquella ingénita bondad que le haga compadecerse hasta de las bestias.

— Según parece *se le desquició un riñón!*...

En fin, para curar á Darío, Reginaldo había colocado á Magno, que era un mozo excelente á quien tarde ó temprano podría apreciar Berta.

— Y ejecuta á la maravilla su tarea, explicábale Juanillo á Berta, que abría la boca asombrada mostrando treinta y dos dientes, pues como mi amigo posee tres brazos sucede que al salir de la caballeriza hace el aseo de la casa de su amo con tal rapidez que le valió un aumento de sueldo. Señorita Berta, si Ud. viese aquello! *Mientras lustra las botas con dos manos, coloca el almuerzo sobre el fogón con la otra!*...

En cuanto á él mismo, tan pronto como se vió en libertad corrió á la Kaiserwasserstrasse con la esperanza de encontrar allí á Berta y desde que tuvo la dicha de pisar esa calle, no volvió á salir de ella. No había realizado su sueño inmediatamente, mas en cambio si no vió á Berta, pudo distinguir durante un segundo al través de la vidriera del establecimiento de enfrente, « lanas y colchones », un perfil que le recordaba singularmente el de cierta persona que ya le había causado muchas desdichas, perfil que había perdido de vista hacía unas cuantas semanas y que le interesaba sobremanera vigilar de cerca, por cuyo motivo habíase instalado frente á la bóveda « lanas y colchones » y habíala vigilado de día y de noche ; mas nunca después vió entrar á la persona entrevista tras del vidrio, como tampoco la vió salir, no obstante haberse cerciorado de que la única salida del establecimiento era aquella bóveda.

Berta creyó oportuno preguntar á Juanillo si aquel perfil que tanto le interesaba era femenino, y como el joven le respondiese que si y además que era el de una mujer guapa, creyó también que debía hacer una mue-

ca de desagrado. Aquel primer acceso de celos encantó á Juanillo quien se apresuró á tranquilizar á la encantadora joven, asegurándole, con el dedo puesto sobre los labios para darle á entender que nada más podía decirle, que en aquella historia misteriosa el amor se hallaba ausente y sólo se trataba de *política*.

Pronunció Juanillo la palabra « política » de tan grave manera que sin duda le habría infundido respeto al Señor de Metternich, si el Señor de Metternich se hubiese hallado aún en vida para poderle oír y si aquella terrible aventura se hubiese desarrollado en Austria en lugar de seguir su curso normal en Austrasia.

Por lo dicho puedes imaginarte, lector amigo, cuán profunda impresión produjo ello en Berta: Juanillo tomó mayores proporciones ante su vista, lo cual, dado su tamaño, habría podido juzgarse casi inútil.

Mas reanudemos el relato de lo que aconteció á Juanillo: quedamos en que el joven había permanecido de centinela en la calle, llegando á ser su miseria en extremo penosa (de seguro se habría muerto de hambre sin los auxilios que le propinó Magno), cuando le encontró el farmacéutico Málaga en aquel barrio desierto, en momentos en que Juanillo se dedicaba á coger moscas. El Señor Málaga se puso á contemplarlo con mucha atención.

Viéndose observado, Juanillo se las compuso para que no se le escapara ni una sola mosca y con efecto, cogió varias, una tras otra, sin que se le escapara ninguna. El farmacéutico le seguía los pasos, admirándole su flexibilidad y destreza.

Por último preguntóle en alemán:

— ¿Que estáis haciendo?

— Bien lo veis, caballero, respondió Juanillo en francés, cojo moscas.

— ¿Con qué objeto perseguís las moscas? preguntó de nuevo el sujeto, mas esta vez en la misma lengua de Juanillo.

— Porque yo necesito perseguir siempre algo, replicó Juanillo.

— ¿Y nunca dejas escapar una mosca?

— Nunca!

— ¿Y te hallas sin ocupación por el momento? preguntó el Señor Málaga...

El joven indicó extendiendo sus largos brazos que tomaba al cielo por testigo de que jamás se había hallado con menor cantidad de ocupaciones.

Entonces díjole Málaga:

— Pues bien, yo soy el farmacéutico de enfrente y te tomo á mi servicio porque eres el mozo que buscaba.

— ¿Y cuál será mi ocupación? preguntó Juanillo.

— Coger moscas. Tengo el proyecto de lanzar un admirable papel de moscas. Empieza la buena estación y no tardarán en llegar los grandes calores. Es posible que haga fortuna con mi papel de moscas. Mas para obtener tal resultado es preciso que cada cliente exclame al entrar en mi botica: « Es extraordinario, no hay ni una sola mosca en esta farmacia! » De manera pues que cuando la botica esté solitaria te pondrás á coger moscas, y á medida que las vayas cogiendo, irás *enseguida á pegarlas en mi papel de moscas*. Mientras mayor número de moscas se vean en el papel, mayor será el asombro del cliente. Entre mosca y mosca prestarás servicio de mozo de laboratorio. ¿Estamos de acuerdo?

Claro que Juanillo estaba de acuerdo!... Dió gracias al cielo por haberle deparado un empleo tan interesante, del cual dependía la fortuna de su patrón y que además le permitiría vigilar la vidriera de enfrente, y, cosa aun más interesante, érale fácil, mientras cogía

moscas, vigilar también la bóveda del *Home* por donde esperaba ver pasar algún día á la mujer que le había robado el corazón...

Y he aquí que el día en que le hallamos de nuevo, el cielo había colmado su anhelo. Berta había venido, la había vuelto á ver, la había hecho entrar á la botica y la había relatado su historia cuyas páginas más bellas había hecho grabar sobre su corazón!

— Señorita Berta, no hagáis ningún movimiento! No habléis, permaneced tranquila!... Silencio!... Es soberbia!

La joven institutriz, al oír aquello, sintió que le volvían los colores á la cara. Tomó aquella exclamación por brote admirativo que despertaba su personilla en el joven y al mismo tiempo suponía, dada la insistencia con que Juanillo le pedía se quedara quieta, que el joven experimentaba un intenso placer artístico en contemplar su perfil á la luz de cierto resplandor que indudablemente le era muy favorable. Por este motivo no le fué posible contener un grito de terror al ver que Juanillo se lanzaba súbitamente sobre ella y le administraba un tremendo cachete que por lo demás sólo le rozó los cabellos...

— La cogí! exclamó triunfalmente Juanillo, recordando el equilibrio... Y sin advertir la emoción que aquello producía á Berta mostróle una enorme mosca que tenía prisionera entre las manos.

Ah! es la más hermosa de todas, prosiguió. Parece una abeja! (Luego, con habilidad sorprendente y sirviéndose de la mosca como de un proyectil, pególa desde lejos sobre el papel de moscas que cubría el muro cual glorioso trofeo de las cacerías de Juanillo.)

— Vaya un susto que tuye! declaró Berta.

— ¿Quiere un poco de pasta de azufafa para reconfortarse?

En aquel momento abrióse la puerta del interior de la botica y que conducía al laboratorio y apareció el sombrero del hombre de la capa negra.

— Si tu amo no llega dentro de cinco minutos, me veré obligado á marcharme... ¿No sabes dónde se halla?

— A decir verdad, no lo sé, Señor Sin Nombre. Unicamente le oí decir que salía á comprar alcohol y alcanfor porque nos faltan en la farmacia... Mas no os impacientéis, que no ha de tardar...

El Señor Sin Nombre refunfuñó algo entre dientes y tomó de nuevo el camino del laboratorio, mas al retirarse, tropezó contra la puerta y se le cayó el sombrero.

Inmediatamente exclamó Juanillo, al ver esa cabeza descubierta:

— En alguna parte he visto yo esa frente!

El sujeto ya se había vuelto á calar el sombrero.

— ¿Dónde diablos he visto yo esa frente, repetíase Juanillo con aire pensativo.

— ¿Empleáis mucho alcohol y mucho alcanfor en esta farmacia? preguntó Berta con marcado deseo de dar á entender que se interesaba en los «negocios» de su enamorado.

— Mucho!

— En ese caso debéis tener muchos clientes.

— Aquí no viene nadie nunca.

— ¿Entonces qué hacéis con todo ese alcohol y todo ese alcanfor?

— Hacemos alcohol alcanforado.

— Y si nadie viene nunca, prosiguió Berta que se pretendía muy lógica, ¿á quién diablos vende el Señor Málaga su alcohol alcanforado?

— No lo vende, señorita Berta.

— ¿Y entonces qué hace con él?

— Se lo bebe...

Y Juanillo repitióse una vez más, con el dedo en la sien, la misma pregunta:

— ¿Dónde diablos he visto yo esa frente?

Berta se hallaba estupefacta al saber que existía un farmacéutico que se bebía su alcohol alcanforado.

Juanillo, condescendiente, le explicó:

— Es que la mayor parte del tiempo la pasa el Señor Málaga borracho como una cuba.

Berta exclamó:

— Un farmaceuta que empina el codo es muy peligroso!

— Comparto su opinión y por ese motivo me cuido mucho de probar los menjerges y mixturas del Señor Málaga y creo que obro cuerdamente en no sustraerle sino un poco de su pasta de azufaifa, sana y sin mezclas de ninguna clase. Señorita Berta, se embriaga por despecho.

— ¿Por despecho amoroso? preguntó la joven que no podía imaginar más despecho que ese desde que su corazón se había abierto recientemente al amor.

— No tal; por despecho de haber envenenado, sin culpa suya, á una familia de doce personas.

— Desdichado!

— Oh! indudablemente merece compasión! Para él la vida no es más que un infierno!... Eso me lo explicaba él anoche, mientras escanciaba el último frasco de alcohol alcanforado. Decíame de esta manera: « Bebo alcohol alcanforado porque envenené á una familia de doce personas; mas es lo cierto que en el ejercicio de mi profesión debo temer á cada instante

envenenar á una familia de doce personas, porque bebo alcohol alcanforado! »

— Entiendo que eso es justamente lo que llamas un círculo vicioso! exclamó Berta. ¿Y qué más dijo?

— Nada más. Quedóse dormido y yo lo llevé á su cama .. Pero qué tonto soy, Dios mio!... Sin duda alguna he visto yo á ese hombre en Francia! exclamó Juanillo.

— ¿Cuál hombre?

— El hombre de la capa, el que mi patrón me recomendó llamara « el Caballero Sin Nombre! »

— ¿Y por qué cree Ud. haberlo visto en Francia?

— Por dos razones. Primero, que habla francés. Y segundo, porque enseguida que me vió me dirigió la palabra en francés. Luego me reconoció y sabía que yo era francés.

En aquel momento abrióse la puerta de la botica y entró el Señor Málaga. Inmediatamente advirtieron los jóvenes que ya venía un tanto estusiasmado. Venía cargado de frascos que oprimía cariñosamente contra el pecho. Tan pronto como entró fuése hacia el papel de moscas y se hubiese dicho que las estaba contando, tal era la atención con que las examinaba. Al anuncio que le hizo Juanillo de que el visitante esperado se hallaba en el laboratorio, contestó con un ademán cariñoso y desapareció tras de la puerta del interior de la botica.

— Vuestro farmacéutico me infunde miedo! exclamó Berta. No me gustan sus ojos blancos, ni su tez amarilla, ni su largo cuello descarnado y descubierto. Parece un pájaro picoteando un cadáver.

Mas Juanillo, sumido en sus reflexiones, no le respondió.

De pronto abrióse la puerta del interior de la botica

y apareció el Señor Málaga con una caja de azufaifa en la mano. Juanillo enrojeció de placer, pues le gustaba mucho aquella pasta, y había dejado de observar que desde su entrada á la farmacia había disminuído considerablemente la pequeña provisión de azufaifa. Dió gracias al cielo por tan preciosó envío.

Málaga volvió á dejarlos solos. Juanillo presentó la caja á Berta y se aprestaban ambos á saborear su contenido cuando el improvisado aprendiz farmacéutico lanzó una exclamación que no comprendió Berta. Y olvidando la golosina y hasta la caja despidió á la muchacha, sin la cortesía que era de suponerse en un enamorado, dándole á entender que por el momento ya se habían dicho lo suficiente y que sólo les restaba despedirse.

Cambió Juanillo de tal manera en el espacio de un segundo, quedó tan desconocido, tan emocionado, que Berta, estupefacta, no halló qué responderle y fuése por una puerta, mientras Juanillo desaparecía por la otra.

— El « infiel »!... repetía el joven con extraordinaria emoción... Es el « infiel »!... Ah! ahora le recuerdo perfectamente. El « infiel » que vino á casa del Señor Bautista y salió de ella jurando que nos haría perder la pista, *costare lo que costare*, de la Reina del Aquelarre!... ¿Qué diablos habrá venido á hacer aquí?

Juanillo corrió hasta el laboratorio donde se habían encerrado los dos sujetos. Aquel laboratorio, que era sencillamente una barraca, estaba cerrado por una delgada puerta de madera, al través de la cual podía oírse cuanto se decía en su interior. Y como se hallase destapado el hueco de la cerradura, pudo satisfacer el joven su ansiosa curiosidad tanto con los ojos como con los oídos. Málaga y el caballero sin nombre hallá-

banse el uno frente al otro (Sin Nombre siempre prudentemente envuelto en su capa con la cara tapada) y platicaban en alemán. Por poco que comprendiese Juanillo aquel idioma, conocía sin embargo suficiente número de expresiones corrientes para que, ayudado por los gestos que hacían los conferenciantes, comprendiese poco más ó menos el sentido de la conversación, ya que no el de todas las palabras.

Fué así como logró adivinar que los dos sujetos hablaban de él, que Sin Nombre se mostraba muy contrariado por haberlo hallado en la farmacia, pedía explicaciones respecto de su presencia en la botica y daba á entender á su interlocutor que era indispensable desembarazarse de Juanillo por todos los medios á su alcance. Málaga lo tranquilizaba haciendo referencia á la pasta de azufaifa con tan singular y siniestra sonrisa, que Juanillo, con los cabellos erizados, comprendió perfectamente que Málaga tenía entera confianza en su pasta para desembarazarlo del susodicho Juanillo. En fin, no quedaba lugar á duda que se le quería envenenar y pensó el joven totalmente aterrorizado que si hubiese tenido tiempo de gustar á lo que contenía la caja traída momentos antes á la botica con tanta oportunidad por el farmacéutico, quizás se hallaría ya muerto! Era tan sencillo desembarazarse en una farmacia del empleado goloso y « ratero »... Todo puede achacarse á los vicios del difunto!... Ah! de buena se había escapado Juanillo!... y también su Berta querida!... Corriale abundantemente el sudor por el semblante descompuesto por el miedo... ¿Mas, quiénes podían ser aquellos sujetos para quienes la vida de los demás hombres tenía tan poca importancia?

Arrodillado y tembloroso, aferrándose á la puerta

con las manos desfallecientes, el ojo pegado al hueco de la cerradura, continuaba Juanillo presenciando la escena y sentíase tan débil que temía le faltaran las fuerzas para levantarse y huir de aquella vivienda maldita y abandonar á ese horrible Málaga!...

Subióse este último sobre un escabel y bajó un estuche de donde sacó un frasco minúsculo y entrególo al caballero Sin Nombre.

— Con eso, díjole, tenéis suficiente para lo que os proponéis.

Sin Nombre guardó el frasquito entre una caja que ocultó bajo la capa.

Málaga dijo :

— Incoloro... Inodoro!... ¿Qué más deseáis ?

— Nada más!

Málaga extendió doctoralmente el índice y dijo :

— Insoluble en agua... soluble en alcohol... No lo olvidéis!...

— Jamás olvido nada... ¿Mas estáis seguro de que con esto habrá suficiente ?

— Si no os empeñáis en que se mueran, contestó Málaga.

— Pues á decir verdad, no deseo tal cosa y si tal sucediese, mucho lo lamentaría.

— Tranquilizaos, que no han de morir.

— Mas sin embargo me gustaría que no dejase de impresionarlos un poco...

Málaga hizo un gesto que inspiraba confianza :

— Con eso, díjole, hay más que suficiente para inocularles la rabia á todos los lanceros de la Rudolf-Kasern.

Y luego agregó :

— *Es menos peligroso que el arsénico, no deja hue-
llas y siempre agrada!...*

Juanillo había escuchado lo suficiente. No comprendía todas las palabras, mas imaginábasele que cada palabra pronunciada allí era anuncio y programa de alguna maquinación abominable. Logró levantarse y llegar hasta la puerta de la botica, sosteniéndose contra los muros. Cuando hubo entrado en la farmacia vino á colocársele audazmente sobre la punta de la nariz una mosca que era quizás la última ; el joven no pensó siquiera en ahuyentar á la impertinente. Permaneció allí la mosca todo el tiempo que le plugo, vendiendo así á todas sus congéneres, mientras Juanillo salía definitivamente de la farmacia de Málaga, haciendo juramento de no volver á pisarla nunca. Tan pronto como se vió en la calle, entró por la primera puerta al corredor de la casa y recobrando su nativa agilidad, subió la escalera con rapidez de rayo.

Detúvose al llegar al tercer piso, golpeó á una puerta que se abrió enseguida é inclinándose hacia algo oscuro que hormigueaba á sus pies, dijo :

— Señor Magno... el sujeto... el « infiel ! »

— ¿Aquel que no te parecía de aspecto cristiano ?

— El mismo!

— ¿Y qué ?

— Que allí está!

— ¿Dónde ?

— Aquí, en esta misma casa!

El enano solo encontró una palabra :

— Corramos!...

Cerró apresuradamente la puerta y bajaron enseguida la escalera, el primero haciendo uso de sus larguísimas piernas y empleando el segundo sus tres manos.

Pronto se hallaron en la calle. Mas Juanillo contuvo con brusco ademán á Magno al llegar á la puerta, pues

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926. 1628 MONTERREY, MEXICO

acababa de distinguir al caballero Sin Nombre que salía de la farmacia.

Dejaronlo que siguiera adelante.

— Sigámoslo! ordenó el enano paralelepípedo con cinco patas.

V

LA BARONESA DE AQUILA

— Hola! Schlick!

Era el caballero Sin Nombre que después de haber atravesado todo aquel barrio oscuro y solitario que va desde el Danubio hasta la Augastein, acababa de llamar un simón parado en la esquina de la Wallensteinstrasse.

Sin duda conocía al cochero, pues lo llamaba por su nombre.

Por lo demás Schlick era muy conocido en Viena. Era un cochero silbador de primer orden... de primer orden como silbador. Y cuando alguien tenía la buena fortuna de hallarlo desocupado, nunca escogían á otro. Tenía especial cualidad de amenizar el paseo y siempre os conducía á los buenos lugares, es decir, á los lugares de diversión. La « alta juerga » que congrega en Viena á príncipes y mujerzuelas tratábalo más como á amigo que como á criado y sucedíale que cuando conducía á alguna chica de la vida alegre ó á algún archiduque al Kriau, por ejemplo, que es en el Prater lo que el Pré Catelan en el Bosque de Bolonia, tomaba parte en la